

CRISTINA BAJO



Esa lejana
barbarie

Sudamericana

Cristina Bajo

Esa lejana barbarie

Sudamericana

SÍGUENOS EN



[@Ebooks](#)



[@megustaleerarg](#)



[@megustaleerarg_](#)

Penguin
Random House
Grupo Editorial

*Para don Efraín U. Bischoff—gran cronista de la historia de Córdoba— quien, cuando yo era una escritora madura y desconocida, tuvo la generosidad de apadrinar la primera novela de esta saga,
Como vivido cien veces.*

Para Julio Torres, gran escritor y amigo, que no alcanzó a ver el homenaje que le hago en este libro. Hombre de inteligencia y lecturas, pero también de campo, me guió en las escenas de caballería, de montoneras, de armas y lances de guerra. Su epopeya de los Torres Cabrera quedará inconclusa, pero no olvidada.



Armas

Las propias y puras del linaje.

De oro, con dos lobos pasantes de gules, puestos en palo

*Diccionario heráldico y genealógico
de apellidos españoles y americanos,
Alberto y Arturo García Carraffa, tomo LXVI, pág. 45*

Con mi afectuoso agradecimiento a Guillermo Barraco por el valioso aporte de su investigación sobre el linaje de los

Osorio.

CRISTINA BAJO

PRÓLOGO

AÑO 1848

La guerra civil llegaba a su fin. Lo sabían los gobernadores de las provincias argentinas —salvo algún distraído, como el de Córdoba—, fueran acérrimos rosistas o federales desapegados al poder de Buenos Aires. Lo intuían los comerciantes y los terratenientes; los profesores universitarios, los prelados y los militares retirados. También los países limítrofes y aun los que estaban del otro lado del océano.

No iban a contribuir a la caída del gobernador de Buenos Aires —con facultades extraordinarias y la suma del poder público— ni los ejércitos unitarios, que ya no existían, ni rebeldes ilustrados de Córdoba, ni troperos de Mendoza, ni navieros de Corrientes, ni el rico y dictatorial estanciero de Entre Ríos, que dominaba la región.

Tampoco la Armada inglesa, con todo su poder, remontando el Paraná, ni la derrota de la Vuelta de Obligado; mucho menos la Francia de Alejandro Dumas y su *Nueva Troya*, ni un aventurero italiano —Giuseppe Garibaldi— atraído por la idea romántica de expulsar tiranos.

No serían los que sobrevivieron a las matanzas de la Mazorca, ni los intelectuales exiliados en países vecinos, ni la liga de varios de ellos que querían hacer “rancho aparte” con Uruguay, Brasil, Corrientes y Entre Ríos.

Nada tendrían que ver los barcos a vapor, ni los trenes ingleses, ni el telégrafo, ni los daguerrotipos, ni la máquina de coser, ni los ascensores Otis, ni los refrigeradores comerciales, aunque todo ello estuviera en el trasfondo de la gesta.

La responsable del principio del final de aquella época sería una joven embarazada, que cayó bajo las balas de un piquete de fusilamiento en el tenebroso patio del cuartel de Santos Lugares.

El único que no sabía que le restaba poco tiempo en el poder era don Juan Manuel de Rosas, el Restaurador de las Leyes, el gobernador de Buenos Aires, el de las facultades extraordinarias y la suma del poder público.

PRELUDIO DE UN FINAL

En el anochecer de un día de diciembre de 1847, una joven de la sociedad porteña, de ascendencia irlandesa — Camila O’Gorman—, y un sacerdote tucumano —Uladislao Gutiérrez— decidieron fugarse de la ciudad y desaparecer en el noreste del país.

Se amaban con un amor prohibido, y ella acababa de descubrir que estaba embarazada. Posiblemente esperaban cruzar la frontera con documentos falsos, pero cometieron dos errores: primero, asentarse en Goya, ciudad portuaria de Corrientes donde recalaban la mayoría de los buques que subían el Paraná desde Buenos Aires; un pueblo en el interior de aquella tierra hubiera sido menos riesgoso. El segundo error fue abrir una escuela, llamando así la atención hacia ellos y entrando, sin darse cuenta, en la importante sociedad del lugar. Convertidos en personajes relevantes, fueron rápidamente descubiertos.

Es probable que, con lo que pudieran ganar con su trabajo, pensaran cruzar hacia Brasil.

Como era previsible, antes de cumplirse un año de su huida fueron descubiertos y don Juan Manuel de Rosas libró orden de captura para que fueran juzgados. Lo que sucedió después de su arribo a San Nicolás, en la provincia de Santa Fe, fue el principio de aquella tragedia.



PRIMERA PARTE
El sueño del tigre



1. POR DESAFIAR EL ESCÁNDALO

“Un día de diciembre de 1847, ella le balbuceó a su amante que se sentía madre. Y a impulsos de la fruición tiernísima que a ambos les inspiró el vínculo que los ligaba ya en la tierra, resolvieron atolondradamente irse de Buenos Aires lejos de la familia, de los amigos, y de todos. Sabían que la sociedad los condenaba y que su felicidad, como los Juicios de Dios, no podía tener testigos.”

Adolfo Saldías, *Historia de la Confederación Argentina*, tomo V

BUENOS AIRES INVIERNO DE 1848

Al final de la cuadra de la Casa de Ejercicios Espirituales —en el barrio de la Concepción—, estaba detenido un carruaje de dos caballos. La gente que pasaba lo miraba con curiosidad, pues lo escoltaban tres jinetes de aspecto extranjero.

Sentada dentro del coche, semioculta por la cortinilla de la ventana, una mujer parecía esperar algo o a alguien. No podían distinguirse sus facciones, pues usaba un sombrero con velo oscuro. Cuando vio salir a su criada del edificio, apoyó la cabeza en el respaldo del asiento.

Una morena bien vestida abrió la puerta y se acomodó a su lado.

—Doña Manuelita se fue hace rato —le comunicó.

—Gracias a Dios; no querría encontrarme con ella —dijo la señora y ordenó al cochero adelantarse hasta la casa, donde descendió acompañada de la criada.

La portera las guió hasta el patio de entrada, circundado por galerías; siguiendo las columnas recubiertas de jazmines, llegaron a la última habitación. La morena se quedó atrás cuando una joven beata, Benita Arias de Cabrera, recibió a su ama. Después de trabar las puertas, ambas mujeres se saludaron con afecto: el encuentro tenía algo de conspiración.

Antes de sentarse, la recién llegada se quitó el sombrero, descubriendo el rubio claro de su pelo y el azul amatista de sus ojos. Era como de treinta y cinco años, bella y segura de sí. Estaba casada con un comerciante inglés que socorría al beaterío en todas sus necesidades.

—¿Ha llegado? —preguntó.

—Todavía no —respondió sor Benita. A pesar de que aún no tenía treinta años, su posición en la Casa de Ejercicios era relevante, tanto que la Superiora le había encargado que se ocupara de la estadía de Camila O’Gorman entre ellas—. Le hemos preparado dos cuartos, como nos pidió doña Manuela.

—Recuerde llevarle mis libros...

—Sí —le palmeó la mano—; también las partituras que me entregó. La familia le ha enviado su piano —y haciendo una pausa—: Pero, ¿qué será del sacerdote?

—Le han preparado una habitación en el Cabildo, con un reclinatorio para que rece por sus pecados, y pluma y papel por si quiere descargar la conciencia.

Benita, con un suspiro, preguntó:

—¿Sabe usted de qué se los acusa?

—De “amor sacrílego”.

—Dicen que el joven luchó a favor de la Santa Federación; que es sobrino del gobernador de Tucumán, quien lo recomendó a don Juan Manuel...

—... pero el Restaurador se desentendió de él; dudo de que tenga algún tipo de consideración por ese detalle.

—Supongo que recibirán una buena reprimenda...

—¡Ojalá sea así!

—¿Lo duda usted, sabe algo que yo ignoro?

En ese momento llamaron a la puerta y al abrir se encontraron con Mena, un viejo mulato que era el padre adoptivo de Benita.

—¡Padrecito!, ¿qué sucede? —dijo ésta, preocupada.

—¡Hija, los mandaron a Santos Lugares! —anunció nerviosamente el anciano, que contaba con el respeto y el afecto de la comunidad.

—¡A Santos Lugares! —se persignó la monja—. ¡No pueden internar a Camila en una cárcel para hombres! ¡Sólo es una jovencita que equivocó el camino, nada que no pueda repararse con un tiempo de recogimiento...! —y dijo a su padre—: Busque a Felipa Larrea —una negra liberta que solía trabajar de lavandera en el cuartel—. Conoce el lugar —aclaró a la visitante— y podrá asistir a Camila. Padrecito, que se presente al capellán de mi parte, él sabrá para qué se la envíe.

Pálida, doña Luz Osorio de Harrison dijo a su criada, que esperaba detrás del mulato:

—Dile a Duncan que aliste el coche.

Y mientras se ponía el sombrero confesó a su amiga:

—Temía lo peor, y esto... parece confirmarlo —y tomándole las manos—: Benita, rueguen por estos desdichados.

Al despedirse, se abrazaron como sólo dos mujeres de razón podían hacerlo.

—¿Qué hará usted ahora? —preguntó la beata.

—Trataré de llegar a Santos Lugares antes que ellos; luego voy a presionar al agregado consular británico, que es amigo nuestro, para que intervenga. A la tarde enviaré recado a usted con lo que sepa.

Al salir, mientras se cubría con el velo, oyó a lo lejos cantar un estribillo que solían recitarles las monjas cuando era

niña:

*Mira que Dios te ve.
Mira que Dios te está mirando.
Mira que has de morir.
Mira que no sabes cuándo.*

Estremecida, apuró el paso, y al llegar al coche indicó al jefe de la escolta:

—A Santos Lugares.

El hombre, un escocés de pocas palabras, se enderezó en la montura y la miró con preocupación.

—No creo que Mr. Harrison...

—Duncan, tengo que estar allá cuanto antes —y agregó, persuasiva—: En este momento necesito de su lealtad; luego, usted dirá a Mr. Harrison lo que deba decirle. Porque si usted no lo hace, llegaré como sea.

Mirándola detenidamente, el hombre preguntó, escéptico:

—¿A pie?

—No —remarcó ella en un tono que no dejaba dudas—; compraré a precio de oro el primer caballo que pase, o me subiré al primer coche que encuentre pero, créame, llegaré a donde tengo que llegar. Si no, pregúntele a Owen, que conoce mi carácter.

Al oír el nombre del encargado de los custodios, Duncan decidió que si aquél no podía con la señora, él no se arriesgaría.

Mientras el coche se dirigía rápidamente hacia el Cuartel General, Luz pensaba en Camila, una de las jóvenes más discretas de la sociedad porteña que solía participar de las reuniones de Manuelita Rosas. Ella no la había conocido en los salones de Palermo, ya que no los frecuentaba, pues detestaba la política que Rosas imponía a las provincias y

los métodos sanguinarios que empleaba con sus opositores.

Brian Harrison nunca le insistía para que lo acompañara: la sinceridad de Luz chocaría de inmediato con la “familia real” —como nombraba irónicamente a los Rosas— y con los obsecuentes y aduladores que rodeaban al Restaurador.

Luz solía encontrarla en las tertulias de Mariquita Sánchez, que desaparecieron cuando ésta, amenazada por la Mazorca, emigró a Montevideo. Por otra parte, ambas frecuentaban la librería de la Merced tanto como la tienda de partituras musicales de Amelón.

Pero sobre todo —quizás recordando su propia ligereza— Luz se había sentido unida a la joven a partir de la huida con aquel curita buen mozo y de impecables maneras: Uladislao Gutiérrez.

Sin poder evitarlo, se llevó la mano al corazón pensando en Camila “de dulce nombre, de piel de seda, de cabellos brillantes, de risa leve, de tiernos labios”, como se la describía en los salones de Buenos Aires. ¡Tan joven, tan desprotegida, tan poco consciente del poder de los hombres y de la sociedad!

Sintió una cálida presión sobre la mano izquierda, y al abrir los ojos se encontró con la mirada afectuosa de Gracia.

—Niña, no llore; no les va a pasar nada; Owen escuchó a los doctores con el señor: a ella la meterán en la Casa de Corrección y a él lo mandarán lejos, donde no le conozcan el pecado.

Pero mientras la oía, Luz se preguntaba: “¿Y qué pasará con el hijito que está al nacer? Y a pesar del amor que se tienen, ¿habrán de separarse para siempre?”.

No podía compartir aquellos pensamientos, así que se secó las lágrimas y suspiró con fuerza.

—Ojalá tengas razón... —pero dudó: la tarde anterior, doña Rosario, la mayor chismosa del entorno del gobernador, esposa de don Ceferino Zabala, le había dicho al oído: